

Laura Mori Alzugaray

PICASSO rehizo las meninas de VELAZQUEZ

Un espacio, que no es un espacio en el que se mueven las formas, sino el espacio que es un objeto más en el cuadro, que se modela con la misma intensidad y calidad específica que los demás temas del cuadro, no es un espacio inerte en los cuadros de la época sevillana por ejemplo de Velázquez, sino que la colocación se halla condicionada por el juego lumínico y reflejos creativos en su modelado; un ámbito espacial como un cuerpo más, con sus relieves, fluencias, distensiones y focos de luz; así se plasma este espacio que tiene una valoración actualizante: la consecuencia velazqueña y la que nos ofrece otro genio: Pablo Picasso, un malagueño, que le hizo su contrapuesta.

Recordemos ahora ese quehacer y esa supuesta continuidad. Si otros pintores se han atrevido —con medios limitadísimos— a la disección y la vivisección de los lienzos velazqueños por qué no este otro genial pintor barroco y sobre todo hartísimamente más genial: Pablo Picasso. Este sensorial mediterráneo, usuario de modelos drásticos para lograr sus genialidades.

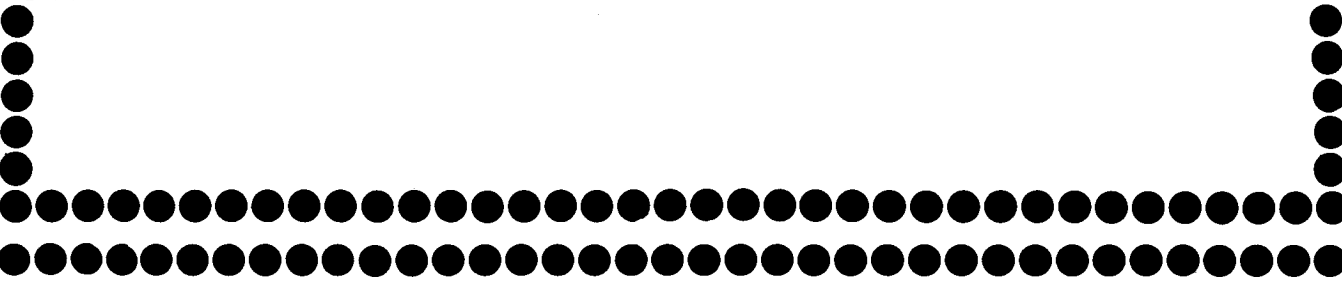
Sólo Picasso podía interpretar a aquél y hasta en algún instante superarlo.

No se crea el lector que es una irreverencia hacia la obra velazqueña. Lo conceptual en Velázquez como hombre artista maravilloso y en algunas facetas imperfecto, su magia mediúnic —pero sin recetas mágicas— tiene en nuestra contemporaneidad otro alarde de su talla; es este español símilmente extraordinario e imperfecto a veces en sus ocurrencias revolucionarias, ese genial pintor de nuestro tiempo, es: Pablo Diego, José Francisco de Paula, Juan Nepomuceno, Crispín Crispiano de la Santísima Trinidad Ruíz Picasso.

Nos acercamos a Velázquez permaneciendo en nosotros mismos y así pienso que se habrá preguntado Picasso. ¿Rehizo a “Las Meninas” de acuerdo a su temperamento, a su “yo” de esa hora, de ese momento climax? Y así como Cézanne rehizo la naturaleza de Poussin, pero no la naturaleza de este último sino según “su” naturaleza; la de Cézanne según “su” espacio tiempo.

Picasso, que a pesar de abanderarse en el “cubismo”, (en esa época), era más barroco con sus “Les demoiselles d’Avignon” y su “Guernica” que en su “forma-espacio” del cuadro. Y trescientos quince años más tarde de la obra velazqueña, un malagueño de sesenta y cinco años se acerca a Velázquez como un espectador más de su tiempo y realiza “sus Meninas” y despoja de aquél los personajes que se le antojan, por creerlas quizá demasiado tiesas y surge entonces en 1957 “sus Meninas” enalteciendo las ventanas de la derecha de la composición velazqueña, así como le da un tono más cabal a la puerta del fondo.

Después de haber contemplado en el Museo del Prado “Las Meninas” se me ocurre esta aventura novecentista, acuciada por la actualidad de otros quehaceres picassianos y de todo el aporte de Velázquez recogido en toda España y en Viena, en el Kunsthistorisches Museum de Viena, en la Sala Velázquez.





.....

PICASSO

En su humor por el destino triste de la infanta Margarita, luego Emperatriz de Viena, la más hermosa de la Corte Madrileña: "un pequeño ángel", según la expresión de un encumbrado visitante inglés, que no se imaginaría nunca que su actualidad seguiría en el siglo XX; es ella el personaje central de "Las Meninas".

A la obra homenaje velazqueña debemos agradecerle que le ha devuelto la vida, la alegría, la gracia a aquella familia que estaba muerta, aunque tuviera un bufón "Nicolásito". El climax de Picasso ha sido otro, hasta hacerlas jugar en el piano.

Con respecto a Velázquez no es la misma solución problemática sino que es otra, desde su misma base de planteamiento. En estos pintores reconocemos algo de lo que somos nosotros mismos, de lo que va con nosotros, en Velázquez nos limitamos a reconocer la pintura en nuestro "bautismo de modernidad"; lo que se realiza en Velázquez está en violenta oposición con lo que trasunta el arte contemporáneo a partir de Cézanne. Las Meninas son la materialización estético-plástica de un sentimiento occidental del espacio aéreo que el arte contemporáneo tiene. Porque desde Cézanne toda la pintura es una negativa a vivir en la espacialidad aérea, porque es una afirmación de la validez planimétrica del espacio, con focos por todas partes y no la luz que pasa por la ventana de la derecha de "Las Meninas" velazqueña, que es una luz dramática.

Desde que toda la pintura Occidental desarrolla la volumetría de las cosas representadas y representables, para oponerlo a la rígida volumetría de los románticos, el problema de la espacialidad aérea quedó planteado porque los volúmenes necesitaban un ámbito donde desenvolverse, si a este ámbito convenimos en llamarle "espacio". Velázquez podría responder —ahí están mis personajes "Las Meninas"— objeto. Es la angustia existencial del espacio, es su arte el testimonio de su propio existir, es decir todo lo que no es expresión es dimensión. En "Las Meninas" los personajes juegan en su individualidad pero existen. La obra de Velázquez es puente entre la espacialidad problematizada y la espacialidad solucionada y hasta es posible su trayectoria que nos lleva hasta Las Meninas, como resultado de su biografía taciturna pero en este caso deja de ser problema. Pues su espacio aéreo se ha convertido en solución porque su dimensionalidad se desarrolla en el espacio aéreo.

Ese espacio de ayer es Velázquez; y ese espacio-forma picassiano es el estado de ánimo de un refundidor inmovilizado en una tela de hace tres siglos, que le ha dado vida juguetona hoy.

Si la naturaleza fue aprehendida por Poussin o Cézanne, Diego Velázquez en sus "Meninas" cuadro familiar de reyes a los que como otros tantos artistas inmortalizaron en el devenir de los años a otras familias reales, debe agradecer tanto esfuerzo de compenetración de su obra, y cada una en su siglo habrá sido testigo de escenarios cambiantes de trueques y de infidelidades.



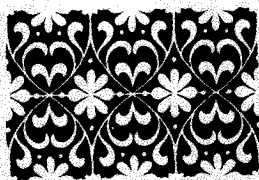
De todo ello no se puede deducir una condenación del aformalismo; cada artista, cumplió con su destino de realizar una forma histórica de la expresión y del análisis; es porque su cercanía a Velázquez no pueden ostentarla más que aquellos que tienen como él, la cercanía de las antípodas. Es pues una parentela basada en la oposición radical. Nada tiene que ver esa cercanía con una apariencia. Nada hay más distinto de Las Meninas con una composición de Malevich. Ambas tienen en común el hecho que el espacio está en ellas problemáticamente; y ambas luchan entre sí por la supremacía de "espacio-forma" que Velázquez postula que debe ser aéreo; y Malevich como Cézanne o Picasso bidimensional en la época de sus "Meninas".

Así como no es Van Gogh quién se opone al Impresionismo y por tanto a Velázquez, sino Cézanne, así también no es la abstracción expresiva la que realiza esta pugna doctrinal contra Velázquez, sino la abstracción analítica de la obra en sí.





La Mancha



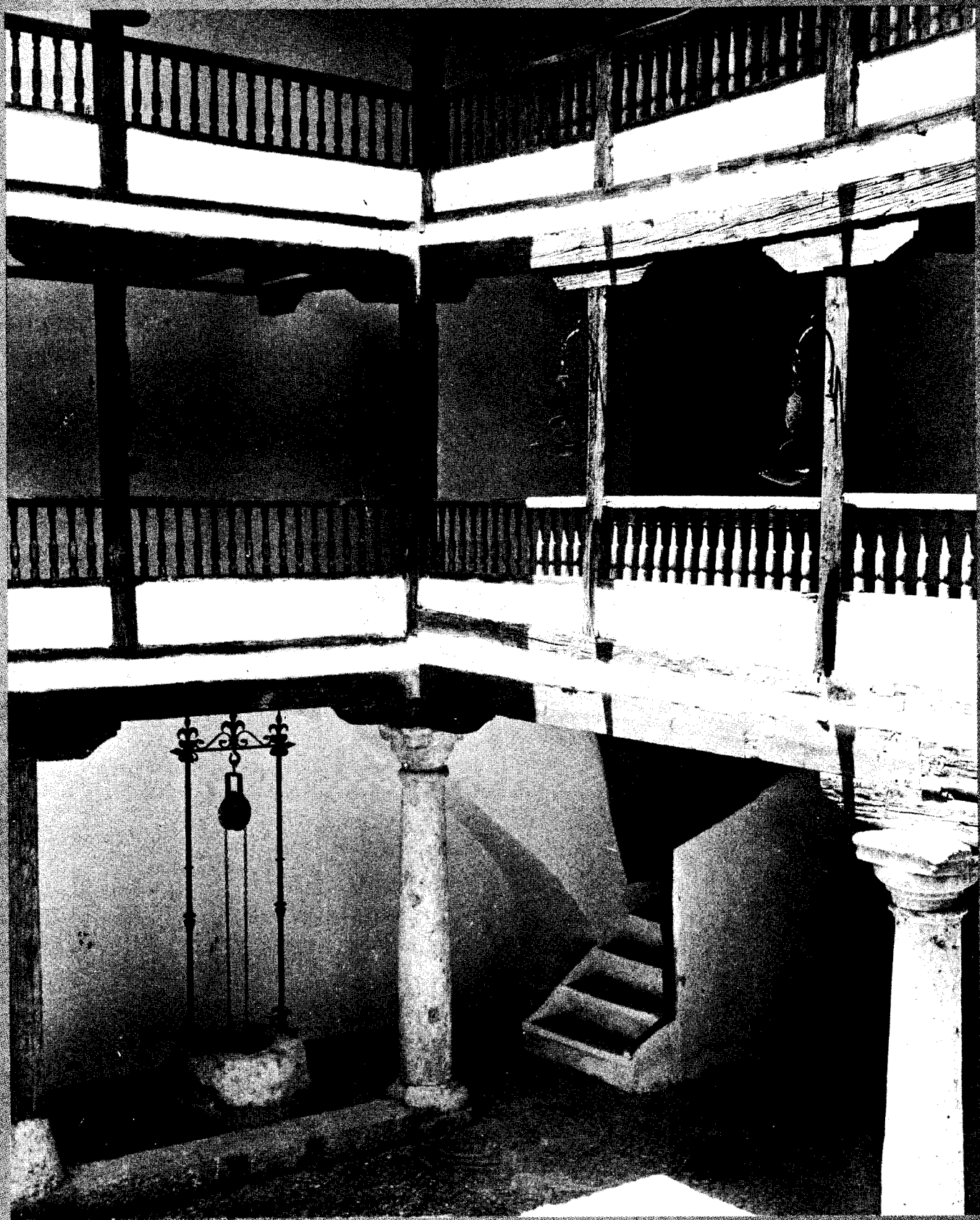
Tierra de vino y pan, seca y guerrera, donde viven los romances y la seguidilla, entre blancos caseríos y desparramados pueblos, en uno de los cuales vivió el imaginario amor del imaginado Don Quijote, entre molinos de viento agitando sus brazos como espantados para herir el filo mismo del horizonte.

La Mancha, horizontal y parda, parece guardar ecos del galope de airosas cabalgaduras y cubren sus hitos históricos las imágenes fantasmales de los Caballeros Templarios.

Región de belleza austera, acaso de lamentos e inspiración, en la que se mantiene vigente la tradición de las canciones de plazuela y por cuyas sendas el Caballero de la Triste Figura hiciera su impar peregrinación empujado por sueños quiméricos.

Y el vino de viña de llanura al borde de las cavas empuja nuestros propios sueños, en esta tierra donde parece estar, para Torres Yagues, el sentimiento íntimo, medular español. Su sabana inmensa es como el sayal pardo de los santos andariegos. En ella se escucha un silencio sin horas que se pierde en su llanura, en la que apenas se ve a los hombres pero donde, a lo lejos, se adivinan los pueblos. Porque la Mancha es llanada, pero no desierto, sino oasis. Un enorme oasis, pleno de apretada grandiosidad, vitalizado por el Tajo, el Guadiana, el Júcar, el Jiguela y el Jabalón.

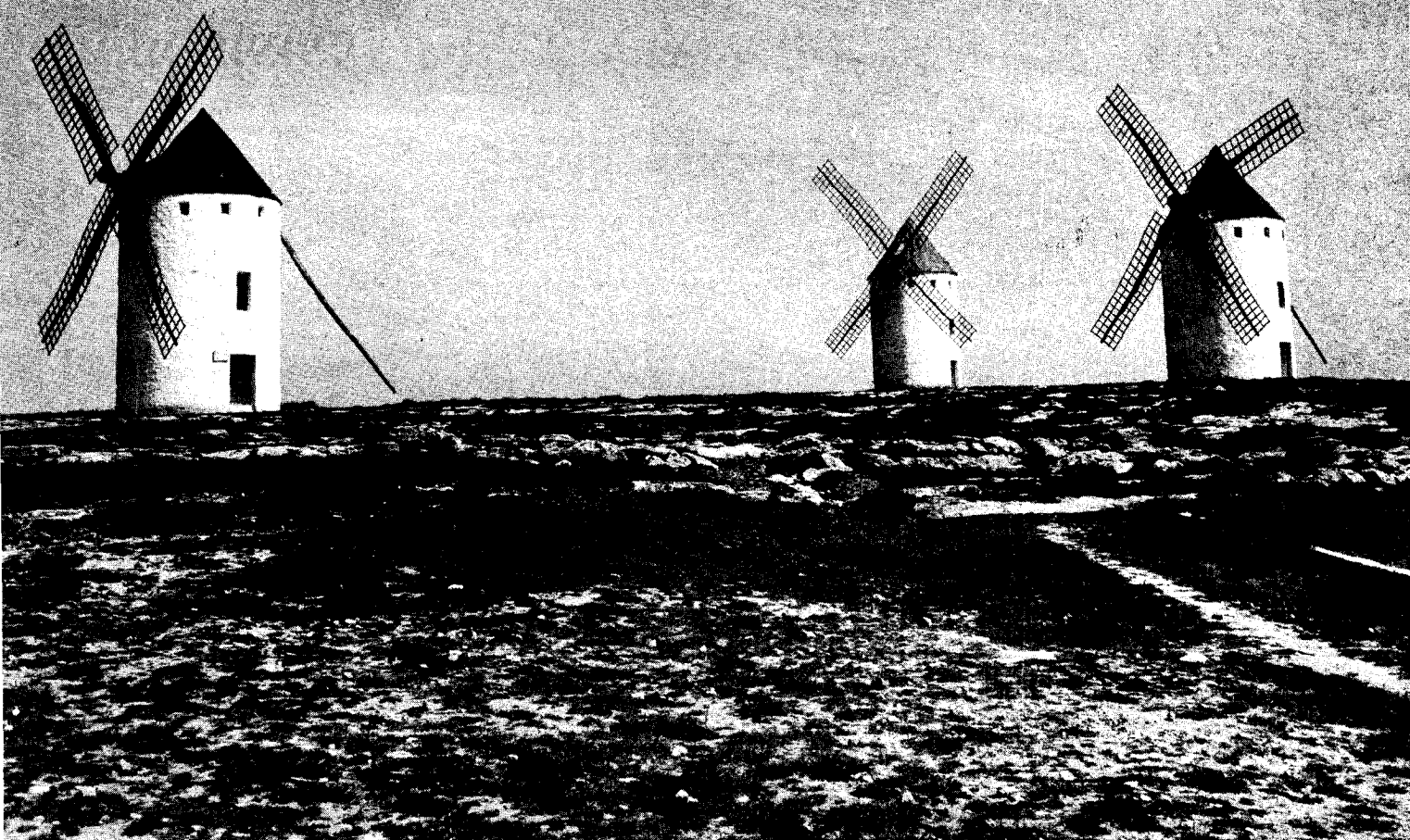
Jorge Raúl Garbano



Por los lugares camineros, las ventas dan abrigo y descanso, y en Puerto Lápice se entrega el seco y puro paisaje manchego, mientras desde un altozano, el molino del "Bachiller Sansón Carrasco" se yergue como un símbolo y un testimonio. Aquí están los recuerdos cervantinos y el lugar donde para entrar con pie derecho, según se dice, es menester de unos tacos de queso y un vaso de buen vino tinto.

Los molinos alcanzan su máxima consagración en el Campo de Criptana, como una teoría de luz entre el blanquísimo caserío ahito de sol radiante.

Llegan en el itinerario manchego Ocaña, Tembleque, Consuega, Almagro, donde las encajeras tejen el encaje de bolillo y que cuenta con esa inigualable reliquia para la historia del teatro: el Corral de Comedias de la Plaza Mayor, donde se representaron las primeras obras de teatro de España, y que nos muestra sus dos hileras de casas porticadas, con doble galería de miradores. Ciudad que guarda indeleble recuerdo del paso de Doña Juana la Loca, camino al reino de Granada.



Barbechos, rastros y vides manchan la tierra parda, mientras se llega a Argamasilla del Alba, donde la Cueva de Medrano da el lugar que tradicionalmente sitúa una supuesta prisión de Cervantes, y luego El Toboso, lugar del nacimiento ideal de Dulcinea, donde los nostálgicos pasos procuran una pausa para el descanso, que se encuentra un poco más allá, cerca de Pedro Muñoz, en la Venta de Don Quijote.

Las lagunas de Ruidera se alargan por kilómetros, unidas entre sí por una carretera y engarzadas por multitud de canalillos y pequeñas cascadas, de distintos colores, por ser distintas las rocas que les sirven de fondo, entre frescos sotos y breves pinares; cuna del Guadiana, que emprende desde allí su fértil viaje hacia Portugal.

El paisaje se va haciendo rojizo por los Campos de Montiel; la noble y muy castellana villa de Infantes sale al paso, con el recuerdo de haber guardado por siglo y medio, en la iglesia de San Andrés, los restos de Quedo, que allí muriera.

Valdepeñas, capital del vino manchego, se hace realidad en el itinerario, que va dando a Santa Cruz de Mudela, que conserva una de las más antiguas plazas de toros de España, con los mejores cotos de caza de perdiz roja que existen en Europa; hasta el desfiladero de Despeñaperros, límite de Andalucía. Ya el paisaje cambia y la Sierra Morena agita la llanura.

Todo comenzó en las faldas de los Montes de Toledo, y por 20.000 kilómetros cuadrados se ha extendido esta provincia de Ciudad Real, La Mancha, nacida en momentos turbulentos de los que son testimonio castillos, alcázares y fortalezas.

Hemos visto los campos de olivo y las espaldas encorvadas en los amaneceres para la vendimia hecha siempre esperanza, y tras el andar por regiones de austeridad llevamos también, como lo hiciera Víctor de la Serna, rumores de aguas y umbrías frescas y fiestas bucólicas. A nuestra vera, los sueños mismos del Quijote.





HERNAN CORTES

G. R. C. Conway

La bibliografía relativa a la vida de Cortés es en extremo abundante; parte de ella tiene un tinte de parcialidad ya sea racial ya religiosa, y mucho hay que es en exceso elogioso y adulatorio; **pero el hombre se destaca, pese a sus flaquezas humanas, como uno de los, en verdad, grandes hombres del Siglo XVI.** La investigación moderna en busca de manuscritos originales que por largo tiempo yacían sepultados en los grandes archivos de España y México, está arrojando un haz de luz sobre el tan extraordinario curso de su vida, y esas mismas investigaciones han allanado el camino para la más honda apreciación de la influencia de su personalidad en el Nuevo Mundo. Cortés ocupó el primer puesto avanzado de la civilización europea en la Nueva España: fué él quien introdujo el arte de las construcciones navales y de la minería y los procedimientos metalúrgicos para el beneficio del oro y de la plata, así como la invención de la rueda aplicada al transporte. Estableció la industria azucarera y fomentó la aplicación de nuevos métodos en la agricultura; también merece ser reconocido como precursor de la moderna política agraria de México.

Gracias a sus profundas convicciones y a su celo religioso, pudo influir en los frailes franciscanos para que iniciaran un movimiento arquitectónico colonial que aun en su forma primitiva, no desmerece del gran arte de la madre patria. También fue Cortés fundador de benéficas instituciones de caridad, e implantó el sistema democrático del régimen municipal en México.

Sus múltiples e incansables energías eran admirables. A lo largo de veinte años de incesante labor en las colonias recién conquistadas y exploradas, siempre fue Cortés el despierto soñador que, mediante arduas expediciones terrestres y marítimas, iba en busca de nuevas tierras y de sus recursos naturales. En la fecha de su muerte, Carlos V, su emperador, gobernaba en la América del Norte todo el inmenso territorio comprendido entre Panamá y las regiones que ahora forman parte de Nuevo México y Texas.

Cortés, su tarea bien cumplida, salió de México por última vez hace cerca de cuatro siglos. Después de siete fatigosos años perdidos en España, años de desilusión, sin haber obtenido de la Corona el reconocimiento a que era merecedor, y con quebrantada salud, dictó su postrera voluntad y testamento. En este documento da muestras de una habilidad mercantil nada común: de una memoria excelente, y una cordial tolerancia. Es un documento de alto valor humano que merece ser impreso en las precisas palabras que él, el Marqués del Valle, firmó en Sevilla en cada uno de sus once folios, el décimoprimer día de octubre de 1547.

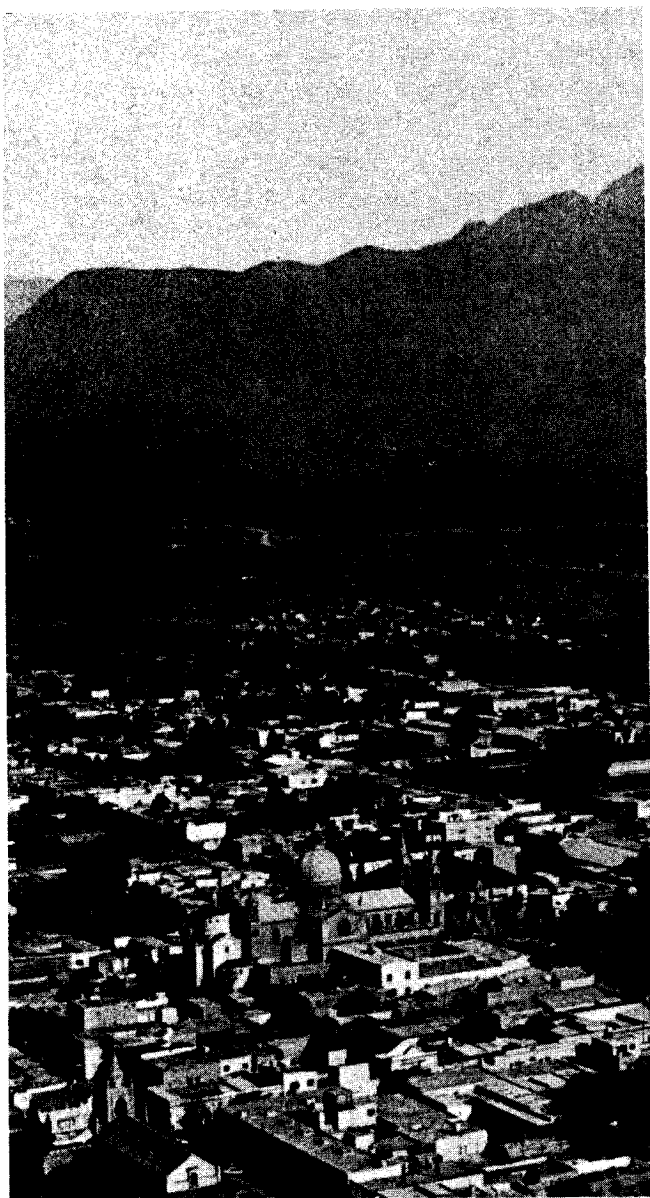
Esta edición del testamento original de Cortés, es un tributo al celo de historiador del P. Mariano Cuevas, S. J.; y es a él a quien, por su inagotable bondad y por la ayuda que me prestó en la preparación de este libro, deseo manifestar mi profundo agradecimiento.

G. R. C. Conway.

Cuernavaca, 15 de julio, 1939.

Fragmento de la introducción a: *Postrera voluntad y testamento de Hernando Cortés Marqués del Valle*. Editorial Pedro Robredo. 1940.

Al este



Girando hacia el naciente, aquí en la Punta (la punta del Velasco) están las tierras de Arauco, extensos valles de arena, polvareda y sol. Aquí entre el bravo "montal" tranquea el "shuri" y la serpiente se enrosca, y a lo lejos llora la perdiz. Surgen distantes y se pierden, como sombras pálidas, los pueblos. Nombres bellos nos vienen a los labios, se demoran en ellos, portadores de exótico sabor o de un regusto que despierta nostalgias: Aimogasta, Udpinango, Machigasta, Mazán... Este Aimogasta, se ha dicho, fue "lugar de mieses", y aunque medren ahora en sus contornos olivares y viñas, por sus mieses se lo ha de recordar. Te saludamos, pues, valle del trigo, o bien, Lugar de las Mieses, eufónico Aimogasta, haciendo un alto, aunque breve, en nuestro rápido andar.

Una canción

Este Aimogasta se me ha hecho ahora, más que un lindo pueblo de montañas, un pueblo junto al mar. ¿Pero qué mar el mar? No lo sé bien. Quizás el mar de la noche, en un inmenso valle entre montañas que se alzan como sombras vagas a lo lejos: al oriente el Aconquija, el Ambato (Catamarca), el occidente, el muy riojano Velasco, en donde acaba de caer rendida la amapola del sol. Vamos andando por veredas y asfalto, en derredor de una plaza bellamente arbolada. Es la oración. El cielo se oscurece. En una escuela mixta los alumnos arrian la bandera y se dispersan por veredas frescas y sombrías, mientras cae sobre ellos el anochecer. Y bruscamente ¡zas! los altavoces invadiéndolo todo. No hay ciudad, no hay pueblo —ni quizás aldea ya— que no los tenga. ¿Habrá que oír, sufrir y padecer lo que esa "red de altavoces" nos regale?... Pero no. La suerte, hoy, no quiere ser tan cruel con un viajero que no ansía sino